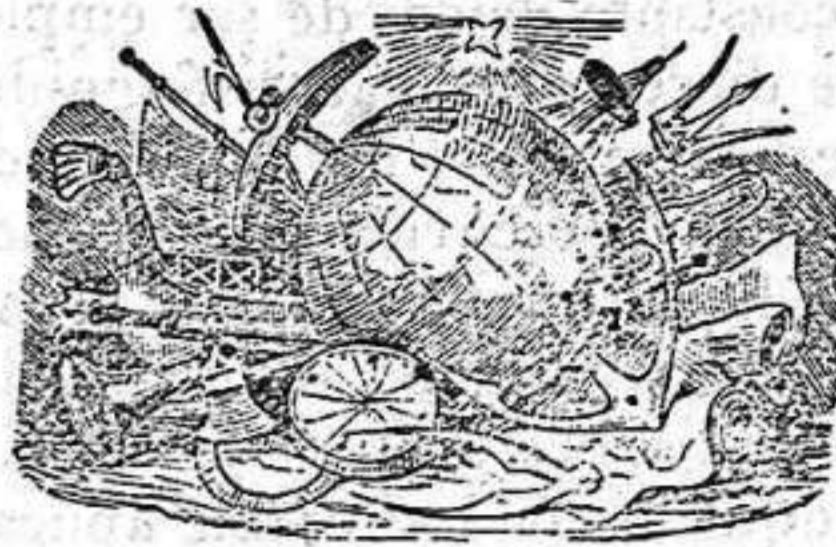


ALMACHEN



DE FRUTOS LITERARIOS.

Semanario de Palma.

JUEVES 12 DE SETIEMBRE DE 1844.

NECROLOGIA.

El Escmo. Sr. D. José María de Alós y de Mora, Brú y Areny, marques de Alós, noble mallorquin, caballero profeso de la orden de Santiago y de justicia en la de San Juan de Jerusalem; gran cruz de la real y militar de San Hermenegildo, y de tercera clase de San Fernando; condecorado con las de la batalla de Talavera, Fugas de Madrid, retirada con el duque de Albuquerque por el puente de Snazo, y otras no ménos distinguidas por acciones de guerra; benemérito de la patria; individuo de la real Maestranza de caballería de Sevilla; notario de los reinos; sócio de número de la academia de buenas letras de la ciudad de Barcelona, y de las sociedades económicas de Amigos del pais de la de Ecija é Islas Filipinas; gentil-hombre de Cámara con ejercicio de S. M. siciliana, teniente general de los ejércitos nacionales, y ministro escedente del tribunal supremo de Guerra y Marina; descendiente de esclarecidas familias, nació en Palma, capital de Mallorca, el 2 de noviembre de 1765. A los siete años ya vestia el honroso uniforme militar, como cadete del regimiento de Dragones de Almansa, y á los once de edad pasó á la isla de Malta como caballero de justicia de aquella orden, en el navío de la religion, el *San Juan Bautista*. Al cumplir la de ordenanza pasó al regimiento de reales guardias españolas; y ya inspirado en su niñez por el carácter que nunca ha desmentido de militar valiente y pundonoroso, pidió y

obtuvo la gracia de hacer su primer ensayo en la carrera, en las difíciles y penosas operaciones contra la plaza de Gibraltar. Al frente de aquella formidable peña, verdadera maravilla de fortificación en que se ostenta el poder del arte y el capricho de la naturaleza, se halló el joven Alós desde 1779 hasta 1782, y su actividad y exactitud en el servicio, su entusiasmo por la carrera, su puntualidad y constante deseo de ser empleado en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga, le dieron un lugar distinguido en el concepto y aprecio de sus gefes, é hicieron ver en él un digno descendiente de una familia, que perdida su antigüedad en la oscuridad de los tiempos, ha quedado, sin embargo, consignado en la historia, que por espacio de muchos siglos ha ocupado los primeros y mas importantes destinos del Estado. La paz de 1782 le permitió dedicarse al estudio profundo de la ciencia militar, y al efecto pasó á Barcelona, donde adquirió con incansable aplicación los conocimientos y suma inteligencia que tanto le han distinguido en su larga y honrosa carrera. En 12 de junio de 1787 fué promovido á alférez en su regimiento, mereciendo por su disposición y circunstancias la elección en su favor para el cargo de ayudante, que desempeñó sin interrupción, hasta que en 1802 obtuvo el empleo de capitán de aquel distinguido cuerpo.

Se halló en la guerra del Rosellon, formando parte de las tropas españolas que invadieron la Francia el dia 7 de abril de 1793, con las que se encontró en el ataque y toma de Arles, paso del castillo de los Baños, ataque y toma del puente, pueblo y camino de Ceret, batalla de Masdeu, toma de Elda, ataque de las trincheras frente á Perpiñan en el campo de Nils, salida de Masdeu, paso del río Tech bajo el fuego del cañon enemigo, ataque y toma del campamento de Cornellá de la Rivera, ataque y toma de Rivesaltes, batalla del mismo nombre; ataque y toma de las trincheras de Vernet, batalla del mismo nombre, defensa y retirada de Peirestortes, batalla de Trullás, ataque de Santa Coloma; brillante defensa de tres dias de las alturas del campo de Boulou, en cuyo sangriento hecho de armas murió de bala de cañon á su lado y en sus brazos el teniente general D. José Eslava; ataque y toma de las trincheras de Bañuls dels Aspres, en cuya gloriosa jornada se distinguió de modo tan notable, que en pública córte, fué recomendado su mérito por los tenientes generales marques de las Amarillas y príncipe Monforte, y obtenido en recompensa el grado de teniente coronel. Nuevamente campado en las alturas del Boulou, con tanta sangre regadas, sufrió por espacio de 86 dias el fuego de cañon del enemigo.

Establecidos los cuarteles de invierno, se situó en el canton de Argeles con su batallon de Guardias; pero tan generoso y caritativo en el descanso como bizarro y sereno en el peligro, no se avenia ociosa la actividad de que tantas pruebas dió en aquella primera campaña, y ejerciendo las funciones de mayor general de infantería, á pesar de su corta graduación, estableció bien entendidos hospitales, en los que consolaba y asistía con caridad verdaderamente cristiana á millares de soldados que le bendecian en el lecho del dolor, despues de haberle admirado en el campo de batalla.

Comenzada la segunda campaña el año 94, desempeñó en ella comisiones importantes de riesgo é inteligencia, que le merecieron distinguidísimo concepto de los primeros generales del ejército, concluyéndola por el sitio y defensa de la plaza de Colliuvre, mandada por el mariscal de campo don Eugenio Navarro de Eguí, la que capituló y se rindió al ciudadano general Dugomier el dia 27 de mayo de dicho año. Prisionero de guerra y puesto en li-

bertad bajo palabra de honor de no volver á tomar las armas en aquella campaña, pasó á guarecer las plazas de Cádiz y Cartagena. De la última vino á Madrid con su batallón que estaba en cuadro; y usando del privilegio que tenia aquel distinguido cuerpo de reclutar en tiempo de quietas, á su paso por la Mancha reunió mas de seiscientos hombres, con los que entró en Madrid formando un batallón de paisanos; pero el primer ayudante Alós, á cuyo cargo estaba la instruccion y total organizacion, tuvo la honra de que Carlos IV á los cuarenta y tres dias viese con sorpresa á su entrada en Madrid un batallón mas de Reales Guardias españolas formado en parada como por encanto, sin diferenciarse en nada de los demas del cuerpo.

Carlos IV y María Luisa fueron á Sevilla el año 1800 á cumplir una promesa hecha al rey Santo; de allí pasaron á Badajoz el 1801 por haberse declarado al Portugal la guerra que despues se ha llamado de las naranjas, por unas que el generalísimo príncipe de la Paz mandó desde Campo Mayor á SS. MM. Alós fué comisionado para acompañar á las Reales Personas, y establecer en el tránsito la seguridad del palacio, y los reyes á cuyos oídos habia llegado el renombre que en el ejército se adquiriera, aficionáronse á él, y le honraron con su real aprecio y benevolencia, de que recibió en aquel entonces y en lo sucesivo pruebas infinitas, aumentadas posteriormente cuando, como recuerdo de los eminentes servicios prestados en Italia por su abuelo, el teniente general marques de Alós, mereció del rey de las Dos Sicilias en 1802 la llave de gentil-hombre de cámara con ejercicio, que habian tenido su padre y abuelo desde la conquista de aquel reino, en cuyo año fué igualmente promovido á capitán de guardias, y consiguientemente á coronel efectivo de infantería.

Empezada la guerra con los ingleses el año 1804, marchó á San Roque, en cuyo campo permaneció dos años, y no atemperándose á su genio activo y laborioso la vida descansada de los cantones, se ocupó con provecho por encargo del Escmo. Sr. conde de la Haya Saint Hilaire en el exámen y arreglo de los fondos de propios, arbitrios y montes de aquella ciudad, cuya administracion no era buena, y trascurrido aquel tiempo, siempre útilmente empleado, regresó á la corte.

Permaneció en Madrid hasta el año de 8 que pasó con su batallón á formar parte del ejército que se reunia en Estremadura á las órdenes del teniente general marques del Socorro para ausiliar las operaciones del frances que al mando del mariscal Junot debió entrar por Castilla á Portugal. Los españoles entonces con la buena fe y proverbial honradez que jamas han desmentido, ayudaban á sus encubiertos enemigos, dirigiéndose por Badajoz á la plaza de Setúbal, á la par que otros á las órdenes del general Tarancon lo verificaban á Oporto por Galicia. Con este auxilio de la generosidad castellana, penetraron los franceses en Portugal, y dejándoles nuestras tropas en pacífica posesion del pais que ocupaban, regresaron á Madrid, verificándolo con ellas el coronel D. José María de Alós.

No tardaron mucho los franceses en descubrir las siniestras intenciones que abrigaban al aparentar la fingida y engañosa amistad con que lograron invadir la España, y apoderarse de sus principales plazas; solo así y abusando de la buena fe y credulidad de los españoles, pudieron conseguirlo; pero arrojada la máscara, descubierta su sed insaciable de dominacion y conquista, la España volvió de su letargo, y vieron por fin verdaderos enemigos á los que hasta entonces tuvieron por amigos y aliados: un grito de indignacion se

estendió eléctricamente por los cuatro ángulos de esta tierra clásica de héroes, y los descendientes de los Alfonsos y Pelayos, á la voz de *viva nuestra Religion y viva el Rey*, se alzaron como un solo hombre, y dió principio aquella lucha gigantesca, una de las mas heróicas de nuestra historia, fecunda en hechos grandes y henchida de recuerdos de gloria inmortal: lucha que dió por resultado la humillacion del capitan del siglo, del vencedor de Europa y la destruccion de sus brillantes y aguerridas tropas que se tenian por invencibles.

El coronel Alós, modelo de lealtad á sus reyes y de amor á su patria no podia mostrarse indiferente ni un instante dudoso del partido que á su estirpe cumplia, y así es que con grave peligro y eminente riesgo de su vida, se fugó de Madrid con catorce oficiales de su batallon, y con ellos se presentó á la suprema junta de Badajoz para servir como simples soldados en el ejército que allí se reunia; mandóle la junta organizar el 4.º batallon de Guardias, nombrándole su comandante, á cuyo empleo era anejo el carácter de brigadier. A la cabeza de la primera division del ejército que accidentalmente mandaba el mariscal de campo conde de Belveder, marcha á Búrgos; reconocido el castillo y demas puntos, y á causa de la proximidad del ejército frances con el emperador Napoleon á su cabeza, salió al dia siguiente á formar al campo de Gamonal; establecidas las líneas, llegaron los enemigos, y empezó un terrible y encarnizado combate, en el que el batallon de Alós fué por dos veces deshecho por el mortífero fuego del cañon enemigo, y otras dos veces se volvió á formar bajo de aquel; pero el valor heróico no bastaba para resistir con tan escasas fuerzas á todo el ejército frances que obraba á las órdenes de Napoleon, y preciso fué ceder el campo, retirándose á Lerma. De orden del conde de Belveder marchó en posta á Aranjuez á dar cuenta de la desgraciada accion á la junta central: solo algunas horas permaneció en aquel real sitio conferenciando con el presidente conde de Floridablanca; y tomando otra vez la posta se dirigió á Somosierra donde suponía su ejército; pero sabido á su llegada que debia hallarse en Segovia, ni el cansancio, ni la noche, ni la abundante nieve que cubria los elevados riscos de aquel puerto, pudieron contener á Alós, ansioso de reunirse á sus camaradas y compartir con ellos las penalidades de aquella lucha memorable; y así es que á pie, descalzo, rendido de fatiga, y con eminente riesgo de su vida, llegó á Segovia y abrazó á sus compañeros.

Los franceses forzaron el punto de Somosierra, batieron las pocas tropas de San Juan, y marcharon sin detenerse á Madrid; sabido esto por el general Heredia, salió de Segovia con direccion á la capital. Alós á la cabeza de dos batallones, marchó en el acto de llegar á defender el puerto de Navacerrada, pero habiendo pasado los enemigos sin tocar en él, recibió orden de retirarse á Galapagar con dos cañones que les apresó, habiéndolo verificado pasando á la vista de sus avanzadas, y al llegar á dicho pueblo cayó en medio de la calle, rendido á la fatiga, al sueño y al hambre, en cuya situacion pasó la noche. Al amanecer del dia siguiente marchó el ejército al Escorial; circunvalada la capital por los franceses y amotinada la tropa que á grandes gritos pedia caer sobre Madrid, preciso le fué al general ceder á las circunstancias; pero al llegar al puente de Segovia, presentóse un edecan del general Morla participando la capitulacion de la M. H. V. A este aviso se dispersó todo el ejército con las voces de « ¡traicion! ¡traicion! » y en medio de desorden tan espantoso, en que tan grave riesgo corria la vida de los genera-

les y gefes superiores, logró Alós, con su firmeza de carácter, y por el cariño y respeto que habia conseguido infundir á sus soldados, reunir su batallón, que á los dos dias tenia completo en el puente de Almaráz: allí se fué incorporando el dispersado ejército, capaz por el valor personal de sus individuos de cuanto quisiera exigírsele, y víctima de las malas artes de géneos díscolos y ambiciosos, que esplotando su credulidad, y exaltando su fervoroso amor patrio, produgeron la escena que con dolor acaba de referirse, y de que desgraciadamente tantos ejemplos hubo en aquella guerra inmortal, sacrificándose por una estraviada exaltacion político-religiosa á dignísimos generales, como en aquellos dias lo fué el benemérito y bizarro D. Benito San Juan, sin mas motivo que no haber podido contener con un puñado de valientes en el puerto de Somosierra á todo el ejército frances con el primer capitán del mundo á su cabeza. Necesitábase un tacto especial para que ni los pueblos ni las tropas dudasen de la lealtad de los caudillos en momentos desgraciados, y Alós distinguiéndose en esto, como en todo lo que constituye su brillante historia militar, jamas dejó de merecer ilimitada confianza á sus súbditos y al país.

Reemplazado D. José Heredia por el general Galluzo en el mando del ejército, dispuso darle otra forma arreglada á ordenanza, por lo que quitó el Estado mayor y nombró cuartel maestro general y mayores generales, recayendo en el brigadier Alós la eleccion para mayor general de infantería. Obligando los azares de la guerra á abandonar el interesante punto de Almaráz, despues de haber cortado su magnífico puente sobre el Tajo, se retiró el ejército á Zalamea, y nombrado por la junta central general en gefe de él el teniente general D. Gregorio García de la Cuesta, mandólo reunir en Badajoz, lo organizó de nuevo, y en este arreglo confirmó en favor de Alós la eleccion de mayor general de infantería.

El 23 de enero de 1809 salió de Badajoz para abrir nuevamente la campaña, y despues de varios movimientos, se dió el 28 de marzo la sangrienta batalla de Medellin. Bien conocida es de los militares esta batalla en que tan varia é inconstante se mostró la suerte de las armas, puesto que estando ya ganada por los españoles, quedó el campo por el mariscal frances Victor, despues de morder la tierra millares de valientes de ambos ejércitos; muchos fueron los que se distinguieron en aquella memorable jornada; y la junta central, imitadora del Senado Romano, recompensó á los que sin embargo de vencidos, habian acreditado su mérito militar en los difícilísimos momentos de la derrota; pero pocos se marcaron de un modo tan brillante como el brigadier Alós; sus relevantes prendas como soldado y como distinguido capitán fueron reconocidas de todo el ejército y su general en gefe; y por ellas, además del escudo de distincion que por concesion general obtuvo, mereció la cruz de tercera clase de San Fernando, tan apetecida como parcamente acordada en aquella época, y el ascenso á mariscal de campo.

Tal fué la dispersion despues de la batalla, que el ejército á su llegada á Llerena estaba reducido á 2000 hombres; pero en cambio, fué tanta la actividad de los dignos generales que lo mandaban, que á los pocos dias tuvo reunidos el general Alós y aparecieron en los estados que como mayor general de infantería dió al que lo era en gefe, mas de 50,000 infantes y varios regimientos de caballería.

Incorporado este ejército con el ingles y portugues que mandaba sir Arturo Wellesley, dieron la célebre y gloriosa batalla de Talavera, empezada á

las cinco de la tarde del 28 de junio, y concluida el día siguiente á las ocho de la noche, retirándose el ejército francés que mandaba el rey intruso José Bonaparte en persona; siendo tanta la pérdida de los franceses, que solo para quemar sus cadáveres con objeto de evitar la putrefacción, necesitó emplear el general Alós cuatro batallones.

Reunido el ejército en Trujillo con el que estaba á las órdenes del teniente general D. Francisco Javier Venegas, tomó el mando del total D. Francisco Eguía; y situándose en Sierramorena, se proponía fatigar hábilmente al enemigo; pero relevado por el general D. Juan Carlos Areizaga, bajó á la Mancha, donde contra la voluntad y prudente consejo de Alós, se dió la desgraciada y tristemente célebre batalla de Ocaña, en la que fueron vencidos sin pelear.

Retirados despues á Despeñaperros, fué nombrado subinspector de infanterías y milicias, y seguidamente general empleado en el ejército: recibida orden de pasar á Sevilla, de cuya ciudad se retiraba la junta central, se reunió Alós con el general duque Alburquerque, y con él entró en la isla de Leon por el puente de Suazo, siendo declarado benemérito de la patria. Llegado á Cádiz, fué nombrado gobernador y comandante general de la plaza de Ceuta, y de todos los presidios de Africa: desde el 5 de marzo de 1810 hasta el 20 de febrero de 1813, desempeñó este delicadísimo é importante mando, y seguramente forman estos tres años el período mas brillante de la dilatada y distinguida carrera militar de este veterano. Luchando con escaseces de todas clases, y con los enemigos exteriores é interiores, conservó al Estado las importantes plazas de Ceuta, Melilla, Alhucemas y el Peñon de Velez de la Gomera, euvidiadas y codiciadas de moros, ingleses y franceses, quienes para el efecto no hubo resorte que dejasen de poner en juego, sin escasear el soborno por medio de crecidísimas sumas y las intentadas rebeliones que sofocó, y que sin ménos actividad, celo é inteligencia hubiese sido fácil llevar á cabo por la calidad de la gente que formaba su guarnición. Poco conocia la lealtad de Alós el general D. Alvimar, cuando proponiéndole que reconociese á Napoleon, creyó obligarle con el ofrecimiento de la elevada dignidad de mariscal del Imperio: el general Alós era incorruptible; á fuerza de sacrificios sin cuento y de un trabajo infinito, salvó aquellas ricas joyas, y la reputacion que por ello se adquirió fué tan grande, y el aprecio del gobierno tan distinguido, que llamado por la junta central, le honró con cargos de interés inmenso y de responsabilidad infinita, cuya ejecucion requerian un temple de alma especial, una firmeza de carácter poco comun, y una convicción de principios invariable; pero en aquellos momentos como en todos los de su vida, el bien de su país ha sido el único norte de sus acciones y consejos, y así es que en aquel entónces, todo su afán, todos sus desvelos, se fijaron en reconciliar los ánimos y reducir todas las opiniones á una sola: lanzar á los franceses de nuestro suelo, y asegurar la independenciam de la patria.

Despues de haber sido gobernador de Cádiz, inspector de sus milicias y comandante general de sus depósitos, fué sucesivamente nombrado gobernador de la Coruña y de Sevilla, con otros mandos importantes, mereciendo la mas elevada consideracion á los primeros hombres de aquella época, entre otros al lord Wellington, con quien estuvo en correspondencia y que no pocas veces se dirigió por sus consejos.

Restituido Fernando VII al trono que á costa de tanta sangre y tantos sacrificios le reconquistó esta nacion magnánima y generosa, fué en la primera

promocion ascendido á teniente general, y á la vez nombrado comandante general del campo de Gibraltar, cuyo mando ejerció cuatro años, renunciando en el intermedio la capitania general de Castilla la Nueva que le fue conferida.

Llevo de gloria y despues de tantos años de un no interrumpido y siempre importante trabajo de armas y de bufete, érale preciso algun descanso; y al efecto solicitó y obtuvo su cuartel para el Orcajo de Santiago, en la Mancha, donde tenia los intereses de su esposa, doña María Luisa de Haro y Haro, y la casa solar de su ilustre familia; pero poco pudo disfrutar del reposo que anhelaba, pues el 13 de junio de 1819 se dignó S. M. dispensarle su real confianza, nombrándole ministro interino de Guerra y Marina, obteniendo seguidamente título de notario de los reinos para formar como tal las capitulaciones matrimoniales con motivo del casamiento del rey con la princesa doña María Amalia de Sajonia. Trabajoso y en extremo espinoso fué el ministerio de la Guerra en aquel entónces, por haber ocurrido la sublevacion del ejército reunido en Cádiz para pasar á Buenos-Aires á las órdenes del conde del Abisbal, á la que sucedió la de toda España que juró la Constitucion del año 12. Hecha y admitida la tantas veces presentada renuncia de los ministros, el 20 de marzo de 1820 se restituyó el general Alós á la vida privada, víctima de persecuciones infinitas, que soportó con la resignacion y tranquilidad de espíritu que solo infunde una conciencia pura, y la religion bien cimentada.

El 22 de diciembre de 1824 fué nombrado capitán general de Mallorca, su pais nativo, en donde era respetada y querida su persona, y venerada la memoria de los Alóses, por haber sido capitán general de aquella isla, con grande aceptacion del pais, el dignísimo teniente general marques de Alós su abuelo. Estimado de los mallorquines y satisfechos todos sus deseos, fué removido por una calumnia que los enemigos del rey le levantaron, y á consecuencia de lo cual dejó aquel mando el año 28. Desengañóse por fin S. M.; y para probarle su real aprecio, le nombró en 15 de febrero de 1830 consejero del Supremo de la Guerra, y luego subdirector de la junta superior del Monte Pio Militar y de la suprema de caballería del reino. Estinguido todo y creado en su lugar el Tribunal Supremo de Guerra y Marina, quedó Alós en la clase de escedente, en que se hallaba cuando falleció el dia 17 de junio de 1844 á los 78 años, 8 meses y 15 dias.

Este virtuoso español, este dignísimo general, honra y prez de la milicia española fué impávido en los peligros de la guerra, á la par que generoso con los vencidos, incansable en el trabajo, laborioso é infatigable en el bufete, modesto en los elevados puestos que ha ocupado y resignado en la adversidad; la estimacion y aprecio de los buenos le ha acompañado al sepulcro, egando á sus afligidos hijos un nombre glorioso y ejemplos infinitos de digna imitacion. Su denuedo á favor de la independendia de su patria lo ha sellado con su sangre y con todos los sacrificios que á un hombre exigir se pueden: el amor entrañable que profesó á sus reyes y sus eminentes virtudes como ciudadano, le han granjeado en las distintas épocas de su vida la estimacion y aprecio de los cuatro soberanos á quienes con fidelidad nunca desmentida ha prestado sus servicios durante sus 63 años de carrera. La pureza de sus costumbres fué tal, que á pesar de haber desempeñado los primeros destinos del Estado, alcanzándole los últimos años de su vida las consecuencias funestas que consigo traen las convulsiones y revueltas civiles, y careciendo por ello

del sueldo correspondiente á su situacion, estaba falto hasta de lo preciso para su subsistencia; y este hombre venerando que despreció con indignacion los millones con que intentarau comprar su lealtad, hubiera acabado en la indigencia, si al fin de sus dias no hubiese heredado el marquesado de Alós que le produgera lo bastante para sus reducidas necesidades.

Despues de prevenir con reiterado empeño en su última voluntad, escrita de su puño, que su entierro fuese pobre y cual cumplia á su caridad cristiana y á un caballero profeso de la órden de Santiago, de la que fué fiel observante, encareció á sus hijos el santo temor de Dios, el amor á la verdad, ódio á la mentira, lealtad á la Reina y ciega obediencia á las leyes en cuya seguridad se entregaba tranquilo al juicio del Rey de los reyes. Sí, digno y venerable anciano, descansa en la mansion de los justos á donde tus virtudes te han conducido: buen hijo, fiel esposo, padre cariñoso, amigo sincero, todos te bendicen; y tus hijos, tu familia toda, al regar con sus lágrimas la tierra que encubre tus respetables y queridos restos, te ofrecen imitar tus virtudes para hacerse dignos de tu gracia y de tu nombre.

FRANCISCO DE MATA.

(Heraldo.)

REVISTA LITERARIA.

REVISTA ECLEÓTICA ESPAÑOLA.—MADRID Y SUS MISTERIOS,
 POR UN DESCONOCIDO.—DOS PALABRAS AL NUEVO AVISADOR.—
 MUSEO LITERARIO, POR DON EUGENIO DE TAPIA.

Con singular placer hemos leído el número primero correspondiente al mes de julio de una nueva publicacion literaria, que bajo el título de *Revista ecléctica española* viene á aumentar la cantidad de las muchas producciones periódicas de este género que ya tenemos en Madrid, aunque presumimos que no se les parecerá enteramente en la calidad. Asi nos autoriza á creerlo el número primero que tenemos á la vista, y que desde luego ha ganado todas nuestras simpatías por la circunstancia rarísima, fenomenal, inaudita en el momento presente, de componerse, en su casi totalidad de artículos originales. Las traducciones mas ó ménos detestables, mas ó ménos rebozadas tal vez bajo el engañoso título de imitaciones ó arreglos son la plaga de esta miserable era literaria que alcanzamos, y eso por una razon perentoria de la que se derivan otras mil: ellas han multiplicado el número de los mal llamados literatos fuera de toda proporcion con las necesidades literarias del país. Ahora bien; esos susodichos literatos tienen que justificar su título escribiendo y publicando sus escritos; estos escritos son necesariamente los que ellos pueden dar de sí, es decir, escritos que no exijan ni talento, ni instruccion, ni aun conocimiento prévio de la lengua patria ni de las extranjeras. ¿Cuáles son estos? evidentemente traducciones de las que se estilan en el dia, de las

que pagan los editores á vil precio, pero siempre muy superior al que ellas merecen, y de las que nuestro pacientísimo y magnánimo público acepta con una benevolencia que hace el mayor honor á la anchura de sus tragaderas. Lástima es que esto sea tan vergonzoso, porque de otro modo seria cosa muy chistosa! Y qué? ; no hay un clamor de pública indignacion contra ese escándalo que estamos presenciando, contra esa fiebre mercantil que sacrifica á un mezquino lucro todas las consideraciones de decoro, de moralidad y aun de interes bien entendido de nuestra literatura! Nos estamos viendo inundados hace años por una irrupcion de las mas indecentes producciones traspi-reuáicas, vemos destrozada nuestra hermosa lengua en traducciones mas que bárbaras, vemos á estas absorber casi exclusivamente todos los recursos de nuestro moribundo comercio de librería, y no somos para atajar con nuestro desprecio altamente manifestado los progresos de una situacion que tan poco nos honra!

Se dirá por ventura que todas las naciones han tenido sus épocas de prosperidad y de decadencia literaria, lo mismo que política y militar; que tambien nosotros fuimos grandes algun dia en armas y en letras, y que, circunscribiéndonos á las últimas, si hoy copiamos servilmente á la Francia, ella nos copió á nosotros en los siglos XVI y XVII; que esta es una ley de la inconstante fortuna, cuya rueda nadie ha logrado parar, y que sueña quien pretende contrastar esta dura condicion de nuestra naturaleza. Mal argumento, malísima comparacion, sobre todo, la de la Francia imitándonos hace dos siglos, y nosotros remedándola á ella en el presente! Prólijo seria ir cotejando las obras que los franceses publicaron entónces, traducidas ó imitadas de las nuestras, con las que hoy les tomamos nosotros á ellos; prescindiendo de que sin duda hallariamos algun tino en sus elecciones = (ellos tomaban por modelos y traducian á Antonio Perez, Santa Teresa de Jesus, Mateo Aleman, Lope de Vega, Guillen de Castro, Alarcon, Cervantes, Velez de Guevara) = al paso que nosotros no elegimos, sino que tomamos indistintamente lo bueno como lo malo y hasta lo absurdo y lo sucio, desde luego saltará á los ojos de todo observador medianamente racional esta consideracion importantísima para el caso y que destruye toda posibilidad de comparacion entre ambas dependencias, en cuanto hace que aparezca útil y noble la primera, perniciosa y humillante la segunda: = miétras estudiaban é imitaban nuestra literatura, los franceses formaban su lengua; imitándolos hoy á ellos, sin estudiarlos, nosotros asesinamos á la nuestra.

Hemos dicho que del daño principal que ocasiona la plaga de las traducciones se originan otros mil. Entre ellos campea en primera línea el siguiente: como en general los estrangeros no conocen ó conocen muy mal á nuestro pais, cuando hablan de él es para desatinar de un modo increíble, y así rara vez copiamos lo que de él dicen, en lo cual hacemos muy bien; pero como por otra parte, tampoco nosotros decimos nada ó casi nada de las cosas de España, fuera de las relativas á la política militante, resulta que rarísima es la publicacion moderna española que hace referencia ó tiene relacion á nuestro pais. Así es que conocemos muy bien, por ejemplo, la estadística de Francia, las rentas de Inglaterra, la organizacion política y militar de Prusia.... porque todo esto lo hallamos en los libros franceses, ingleses y alemanes, y con la rapidez del rayo lo traducimos al castellano; pero desconocemos los recursos de nuestro suelo, lo que puede ó no puede hacerse en España de eso mismo que se hace en otras naciones; = en una palabra, de nin-

guno de nuestros conocimientos hacemos aplicacion inmediata á España. Sin embargo, esto seria lo mas importante, = ¿que digo? lo único para que debería servirnos el conocimiento de lo que en otras partes se practica: todo lo demas se reduce á satisfacer una vana curiosidad.

Así parece que miran esta cuestion los fundadores de la *Revista ecléctica española*, cuyo primer número tenemos á la vista. Empieza este por un excelente artículo de D. José Joaquín de Mora, titulado *De la economía política propia de las naciones atrasadas*; la aplicacion á España no puede ser mas directa. En este artículo no hace todavía el autor mas que echar los cimientos de su vasto plan, sentando y demostrando esta máxima en que generalmente no se piensa bastante; y es = que la verdad de los principios de la economía política no es absoluta, es decir aplicable á todos los tiempos y á todas las naciones =, máxima que seguramente no es nueva, pero que entre nosotros parece que lo es, pues ningun caso hacemos de ella. ¿Se trata de plantear una medida administrativa? al instante averiguamos qué es lo que se hace en ese punto en otras partes, y sin mas ceremonia lo aplicamos á España: lo mismo en cualquiera otro ramo. ¡Triste servidumbre por cierto, y origen de esa funesta inestabilidad que caracteriza á todas nuestras reformas!

«La economía política, dice el Sr. Mora, nació en países eminentemente cultos y perfeccionados, donde los trabajos útiles habian adquirido un inmenso desarrollo, donde el credito público habia llegado á un grado eminente de estabilidad y de consistencia, donde la poblacion cubria superabundantemente y con igualdad todos los puntos del territorio, y donde ya la variedad, frecuencia y rivalidad de las negociaciones y empresas anunciaba el agotamiento de los primeros recursos y la necesidad de inventar otros para vivificar los capitales. En fuerza de estas peculiaridades de su origen, apenas tuvo tiempo en los principios de su carrera para anunciar los aforismos fundamentales y los rudimentos primitivos que le sirven de base, cuando llamaron su atencion problemas mucho mas difíciles... Existian males muy dolorosos y acerbos... y la nueva ciencia no podia justificar sus teorías ni realizar sus promesas, sino aplicarse con todo el celo posible á remediarlos. De aquí nacieron infinitas discusiones, de una aplicacion práctica en los pueblos colocados á cierta altura, pero absolutamente inútiles en los que no han podido nivelarse con ellos. ¿De qué sirve, por ejemplo, el exámen laborioso, como tantas veces se ha hecho en Inglaterra, de la legislacion vigente sobre la amoneda-cion proporcional del oro y la plata (*currency*) y su relacion cuantitativa con el papel de banco, en un país donde ademas de ser desconocido el credito público, se pasa por la vergüenza de recibir como moneda nacional la acuñada en un país extraño, y esto con una pérdida considerable, ocasionada por el aumento imaginario de valor que legalmente se ha dado á aquella importacion ruinosa y degradante?...» Por este estilo continúa el Sr. Mora recapitulando las mas graves cuestiones de la ciencia económica, y manifestando su ninguna aplicacion á España, para llegar al tema que se propone demostrar, á saber, que para las naciones atrasadas, como la nuestra, se necesitan principios de economía política diferentes de los que rigen con buen éxito en los países mas cultos.»

Es probable que no se detendrá aquí el Sr. Mora y que en los siguientes números manifestará mas positivamente que en el primero cuáles son esos principios que, en su concepto, deben aplicarse á la legislacion económica de España para que salgamos del lamentable atraso en que vivimos. Hasta ahora,

uno solo ha indicado, pero sin hacer mas que apuntarle, y es el de dar gran latitud á la libertad de comercio, cuestion estremadamente árdua y en la que es posible que no estemos enteramente de acuerdo con el Sr. Mora, sin dejar por eso de reconocer la pureza de sus intenciones y sus indisputables instrucción y talento. La conclusion de su artículo nos mueve á recelar que habrá tal vez alguna diferencia entre sus opiniones y la nuestra en la delicadísima materia en que anuncia que piensa ocuparse con preferencia su *Revista*; y desde luego ya creemos entrever alguna contradicción entre la espresada conclusion y el principio de su artículo; por lo ménos no se deduce aquella rigorosamente de las juiciosas máximas que se sienta en este. En efecto, si como dice el Sr. Mora, y como es cierto, la libertad del comercio, «combatida en diferentes épocas por los sofismas del monopolio y por los terrores pueriles del despotismo, triunfa hoy sin obstáculo en todos los países civilizados,» — (entendiéndose figuradamente por tales á los que lo están mas que el nuestro) pudiera en buena lógica deducirse de lo que se dijo al principio del artículo, que esa libertad de comercio, tan conveniente en aquellos países, no lo seria acaso tanto en España; por lo ménos de que lo sea, como lo es, en ellos, no se arguye en verdad que deba serlo en el nuestro. Aguardamos, sin embargo, mayores aclaraciones del pensamiento que se propone desenvolver y sostener el Sr. Mora. La palabra libertad —, lo mismo la de comercio que cualquiera otra —, es muy vaga, y basta que se le ponga al lado un mero adjetivo para modificarla inmensamente. Del adjetivo que le aplique el Sr. Mora dependerá que estemos ó no estemos de acuerdo con él.

Al mismo apreciable escritor pertenece el segundo artículo del número que vamos examinando, artículo dirigido á esplicar la verdadera significacion de esa doctrina tan absurda como generalizada en el dia, que se designa con el nombre de *Panteismo*. Con esta ocasion hace el Sr. Mora una sucinta reseña histórica y analítica de la filosofía moderna, en que no le seguiremos por ser materia esta que no admite abreviacion sin peligro de caer en suma oscuridad.

Un exámen, mejor diremos, una amarga sátira de las obras de Jorje Sand es el asunto del tercer artículo, que no está firmado. Hallamos en él un fondo de razon, pero demasiada violencia, y á veces no poca injusticia, tanto contra la ilustre autora de *Consuelo*, como contra Balzac, Eugenio Sue, Victor Hugo, Dumas y otros escritores franceses: ya lo es, y muy grande, mezclar á los dos primeros y á Jorje Sand con el trivial y cínico Paul de Kock, como se hace en la página 34. En cambio, solo elogios debemos dar al jóven autor de los cinco bellísimos sonetos que siguen á aquel artículo; de ellos vamos á copiar aquí el último, como prueba del talento de este poeta, D. José María de Mora, en un género muy distinto de aquel en que ya han visto nuestros lectores una felicísima muestra de su ingenio en uno de nuestros números del *Heraldo* de julio último.

¡Oh España, España, mísera matrona!

¿Dónde está tu valor, dó tu constancia?

¿Dó el arrojo inmortal que de Numancia
refleja el esplendor de zona en zona?

Abdicaste del orbe la corona

en manos del error y la ignorancia,

y hoy de enemiga suerte la inconstancia

de tu poder los restos desmorona.
 Tu antigua fama es abatido roble;
 tu glorioso anhelo, sueño profundo;
 tu energía, inacción; tu ardor es hielo.
 Y aquella sangre generosa y noble
 que ántes vertias conquistando al mundo,
 hoy solo sirve á enrojecer tu suelo;

Muy importante y muy sensato nos ha parecido el artículo de D. Francisco de Armas sobre la *Legislacion colonial de España*, en que se hace un sucinto estudio, no de «la legislacion de Indias filosóficamente considerada, sino de la parte literaria y bibliográfica, digámoslo así, del derecho especial ó municipal que allí rige.» Otro curioso artículo sobre la *Economia de la tierra*, extractado de la *Dublin Review* y el principio de una novela de costumbres original española (de intento lo advertimos, pues en el día cuando se dice novela se sub-entiende mal traducida) titulada una *Semana de asueto*, que hasta ahora nos gusta mucho, completan las materias de este primer número de la *Revista ecléctica española*, que esperamos adquirirá pronto un lugar muy distinguido entre nuestras mejores publicaciones periódico literarias y científicas.

Hemos empezado por lamentar la abundancia de traducciones que inunda nuestras librerías y nuestros periódicos, y cabalmente hoy no tenemos mas que producciones originales que examinar, aunque tambien podríamos discutir hasta qué punto merece la calificación de original la que va á ocuparnos ahora, que es esa especie de novela, á que algunos llaman libelo, y de que nos ha dado ya tres tomitos diminutos *Un Desconocido*, bajo el título *Madrid y sus misterios*. ¡Válganos Dios por misterios, y cuantos ha engendrado la célebre novela de Eugenio Sue! Si es tan fecunda la que ahora está publicando el mismo autor en el *Constitucional* de Paris, pronto veremos renacer las doce tribus enteras y verdaderas, y tendremos en España mas judíos que los que hubo nunca en Jerusalem. Dicen los que conocen á fondo la sociedad madrileña que la publicacion de *Madrid y sus misterios* es un grande escándalo; que este libro está lleno de injurias á determinadas personas, de todos conocidos; que el velo alegórico en que envuelve el autor sus tiros es tan transparente, que no sirve sino para hacer mas picante el insulto, como aquellos levísimos cendales con que rodean las bailarinas del Circo sus bellas formas, no ciertamente para encubrirlas, sino para que aparezcan mas seductoras; dicen, en fin, á todo el que quiere oírlo, y como en prueba de su fácil penetracion, que la condesa de Villavieja es la marquesa de** = que D. Leandro Sor es el Excmo. Sr. D. Alejandro...*** = que D. Juan Zorrilla es fulano, y el judío Vos, zutano, = y lo mismo de todos, y cada uno de los personages de la novela. Así será; por mi parte, ya con esta prevencion, me sucede, leyendo esta singular produccion de un desconocido, lo que al que le enseñan una galería de retratos cuyos originales no conoce: incapaz de juzgar del parecido, se limita á examinar el dibujo, el colorido, el claro obscuro, y prescinde absolutamente de si tienen ó no el mérito de la semejanza, que para él no puede existir. Así es que yo, casi forastero en esta corte, = yo que no visito á la marquesa de*** =, ni conozco á otro Zorrilla que al célebre poeta de este nombre, ni me trato con ningún judío que tenga muger hermosa y mala pronunciacion castellana, ni sé en fin quienes son el asentista fulano ni el pe-

riodista zutano, ni los personajes etc., etc., etc, no veo en *Madrid y sus misterios* mas que una novela como cualquiera otra, ni busco en ella mas mérito que el interes de las situaciones y la pintura de caractéres que supongo imaginarios, =amen del fin moral, de que hasta ahora en verdad, no se puede juzgar, pues no está acabada la obra. Cuando lo esté, la examinaré despacio y siempre bajo este punto de vista, considerada como una produccion literaria y nada mas. Si en efecto es un libelo infamatorio, la crítica nada tiene que ver con ello; eso es incumbencia de los tribunales. Entre tanto baste decir, que el interes, hasta el presente, no es grande; que el lenguaje, aunque tiene facilidad y soltura, se resiente de alguna precipitacion; que el principio de los amores del protagonista D. Jaime de Astorga (este dicen que es el autor, el Desconocido, á quien por mas señas todos aseguran que conocen) con doña Laura de Silva es muy inverosímil; que el D. Juan Zorrilla es una pobre imitacion del escribano *Jacques Ferrand* de Eugenio Sue; que en la descripcion del local en que se halla establecido el Casino hay una groserísima injuria á una persona á quien se designa tan claramente como si se la llamase por su nombre, su apellido y su título, lo que, como suele decirse, *no tiene perdon de Dios.* = En medio de todo, hay pinturas bastante animadas y trozos bien escritos. Veremos la continuacion.

Con disgusto hemos visto en el *Nuevo Avisador* de ántes de ayer algunos sarcasmos nada merecidos contra el escelente actor el Sr. Arjona, con ocasion de anunciar que por haberse retirado el Sr. Valero, quedará aquel probablemente encargado de la direccion de la compañía dramática del Circo. Sentimos, como los que mas, la retirada del Sr. Valero, que consideramos para el Circo una pérdida irreparable, á lo ménos por ahora; pero, no pudiera el *Nuevo Avisador* haber manifestado este justo sentimiento sin zaherir de un modo poco digno por cierto á un actor de tanto mérito como el señor Arjona.

En el momento de enviar á la imprenta este artículo, recibimos la primera entrega del *Museo Literario*, periódico mensual que publica D. Eugenio de Tapia y cuyo anuncio insertamos ayer en el *Heraldo*. Una rápida lectura de dicha primera entrega nos ha hecho formar la mas ventajosa idea de esta nueva produccion del ya muy acreditado autor de la *Historia de la civilizacion española*: contiene entre otras cosas notables, un *Auto de los desposorios de Moisen*, composicion dramática anterior á Lope de Vega, de que no habla Moratin en sus *Origenes del teatro español*, ni de que creemos que haya habido la menor noticia hasta ahora. De esta primera entrega hablaremos detenidamente en nuestra próxima *Revista literaria*.

EUGENIO DE OCHOA.



POESÍA.

Baladas alemanas.

I.

EL NIÑO ENFERMO.

— ¿Qué música es esa, qué vago sonido?
¿qué cánticos vienen mi sueño á turbar?
¡oh madre, repara quién es que mi oído
regala à deshora con dulce cantar!

— Yo nada, hijo mio, ni escucho ni miro:
reposa, que nadie te canta, ¡oh mi amor!
ni suena una cuerda, ni se oye un suspiro;
¡pobre niño enfermo, te abrasa el calor!

— No, madre; esos cántos que son mi consuelo,
no son los terrestres que sueles oír:
los àngeles cantan abriéndose el cielo,
¡adios, madre mia! ya empiezo à dormir.

II.

MUERTE Y ESPERANZA.

Los objetos que vemos y que amamos
hacen del hombre bella la existencia,
pero dispuso del criador la ciencia
¡que lo que mas amemos lo perdamos!

Tal vez quien ama olvida;
que si el bien de la vida es verse, amarse,
no hay cosa mas amarga que la vida,
porque tambien la vida es separarse,
¡sí, separarse!

En un jardin, lisonja del verano,
un hermoso pimpollo recogiste,
y en agua cristalina sumergiste
el verde tallo que cortó tu mano;

Pero recuerda, hermosa,
que ese pimpollo que al jardin le pides
veràse à la mañana fresca rosa,
y à la noche marchito: no lo olvides,
¡ay! no lo olvides!

Feliz te adornas con la flor abierta
porque te ha dado el cielo un compañero;

segura libas el amor primero,
 y cantas que cerrada está tu puerta;
 mas baja el tono, baja,
 si de repente oyes gemir tus gonces,
 tal vez con ataud y con mortaja
 vendrán por él! y llorarás entonces,
 ¡si, llora entonces.

Pero recuerda bien, doncella hermosa,
 que aunque es el separarse comun suerte,
 no te arrebatara tu amor la muerte
 como te arrebató la fresca rosa:

somos pegrinantes,
 y al separarnos tristes bien sabemos
 que aunque seguimos rutas muy distantes
 al fin de la jornada nos veremos,
 ¡sí, nos veremos.

III.

LA ONDINA DEL NECKAR.

Era mayo: iban cantando
 en clara noche de estrellas
 de un prado en el césped blando
 de Tubinga las doncellas.

Con frescas hojas, adorno
 del pecho que arde en amores,
 de un verde tilo en contorno
 bailaban sobre las flores.

Súbito, un jóven hermoso
 pone en el césped la planta:
 y á la mas bella donoso
 sonriendo se adelanta.

En la frente de la bella
 de algas puso una corona:
 la mano tiéndela, y ella
 su blanca mano abandona.

—¡Ay! esclama de repente,
 ¡la mano tienes de hielo!—
 —Bajo el agua no se siente
 el suave calor del cielo.—

—Miedo me das, jóven blondo,
 ¡viertes helado rocío!—
 —¡Del Neckar allá en el fondo
 hace, hermosa, mucho frio!

Girando van: mil reflejos
 suelta la rubia madeja,
 y ya muy léjos, muy léjos,

iba la rauda pareja.

Va la doncella gimiendo,
su voz embarga el espanto:
sus compañeras, sigoiendo,
sin verla, bailan en tanto.

Súbitamente el mancebo
del tallo esbelto la prende:

=¡A mis palacios te llevo!=
y rápido el aura hiende.

Girando cual torbellino
la selva crúzan vecina:

=¡Yo soy del Neckar Ondino:
tu seràs la hermosa Ondina! =

Los dos en las ondas frias
se zambullen, se sepultan;

=¡Padre! ¡Madre! ¡amigas mias!
y en el cóncavo se ocultan.

=Reina en mi fresco palacio
hermosa Ondina y no salgas!
salones son de topacio
cristales y verdes algas.

Pedro de Madrazo.

